



EL OBRERO DE LA TIERRA

Redacción y Administración: Plamonte, 2 (Casa del Pueblo). Tél. 41665

ORGANO DE LA FEDERACION ESPAÑOLA DE TRABAJADORES DE LA TIERRA

Tres proyectos de ley

Cumpliendo acuerdos del segundo Congreso de nuestra Federación, el compañero Lucio Martínez ha llevado al Grupo parlamentario socialista tres propuestas para que le autorice a presentar a la Cámara constituyente otras tantas proposiciones de ley.

Se comprende en la primera de dichas proposiciones la doctrina de que alcance a los trabajadores del campo el seguro de accidente que se está haciendo para los obreros de la industria. Como es sabido, a estos últimos camaradas les reconoce la ley una pensión en caso de inutilidad, en vez de la indemnización que se les concedía en la antigua ley. Cuando se termine de organizar el seguro, que será dentro de unos meses, se establecerán estas pensiones, dando a quienes sufran una inutilidad total el 50 por 100 del jornal que ganaran. Esta pensión durará mientras la inutilidad subsista.

Será menos del 50 por 100 cuando la inutilidad sea menor, es decir, irán siempre estas pensiones, como es natural, en forma proporcionada al quebranto sufrido por el accidentado en sus facultades productoras. Estos beneficios, ¿por qué no han de alcanzar a los obreros campesinos? Son éstos productores como los demás. Enriquecen al país con su constante esfuerzo, como los trabajadores industriales. Deben ser, por tanto, tratados de la misma manera que dichos camaradas.

El Grupo parlamentario, sin dificultad ninguna, ha concedido esta autorización, y en breve será presentada la propuesta a la Cámara.

¿Quién desconoce la sañuda persecución que se viene ejerciendo en el campo contra nuestros compañeros? Los obreros organizados en muchas localidades no encuentran trabajo porque los propietarios quieren rendirles por hambre. Este odioso acoso que se practica en la mayoría de los pueblos españoles debe acabar en seguida. Así lo exige la justicia. La forma de que termine es estableciendo el turno riguroso en las oficinas de colocación que haya creadas y llevando a la práctica la creación de las que aún no funcionan.

Los patronos que proceden de esta manera persecutoria cometen un delito, porque atacan a la ley de Asociaciones, conculcan la Constitución, que establece el respeto a los derechos individuales y colectivos de los obreros, y ejercen un abuso de clase adinerada indigno y miserable. Contra estas persecuciones debe levantarse nuestra santa indignación; pero al mismo tiempo necesitamos poner los medios que haya a nuestro alcance para corregir el mal.

La ley de Colocación obrera establece que puede llegarse para dar trabajo al turno riguroso de inscripción mediante un decreto que publicará el ministro de Tra-

bajo. Pero aun en este caso se excluyen las Empresas que no ocupen más de cinco obreros o empleados. Esta exclusión es fatal para los obreros de la agricultura. Con ella queda fuera de estos preceptos un número inmenso de trabajadores. A nuestro juicio, esta excepción hay que anularla si se quiere que los obreros campesinos obtengan algún beneficio con esta ley.

Tampoco el Grupo parlamentario socialista hizo en este caso objeción alguna a nuestro compañero ya citado al presentar esta

propuesta. En breve será llevada también al Parlamento.

Siempre ha sido un mal para el desarrollo de nuestras ideas la práctica del internado. Lo mismo en el campo que en la ciudad, los obreros que prestan sus servicios en estas condiciones están en situación inferior para defender sus intereses que los demás jornaleros. Su trabajo es mayor, su libertad es limitada y su labor, en cambio, no tiene

límite. Por el día, a realizar su faena, tan grande, por lo menos, como la que ejecutan los obreros que se ajustan eventualmente. Por la noche, a cuidar el ganado en la cuadra o a trabajar en otras labores, siempre en beneficio del «amo». Con esta casi esclavitud hay que acabar. El obrero ajustado por año, por mes o por semana debe tener libertad para marchar donde le parezca después del término de la jornada legal o pactada. No hay razón alguna que justifique esta labor permanente de dieciséis o

más horas diarias sólo por economizarse el propietario uno o varios sueldos.

El internado debe ser abolido, aunque subsistan los ajustes por año o por mes, y en todo caso podrán admitirse excepciones; pero escasísimas y muy justificadas. Esta proposición no ha sido resuelta aún por el Grupo parlamentario socialista; pero también esperamos que su dictamen sea favorable y que autorice en breve su presentación a la Cámara.

Hay otras muchas reivindicaciones que afectan al obrero cam-

pesino que tendrán que irse estudiando. Es preciso que deje de ser este trabajador de la tierra la excepción constante de que venía haciéndose víctima por los Gobiernos burgueses cuando se trataba de leyes obreras. Suponemos que no sucederá lo mismo con la República; pero debemos afirmar que la confianza mayor ha de radicar en nosotros mismos. Si los campesinos saben mantenerse firmes en sus organizaciones frente a sus perseguidores; si son capaces de tener la constancia precisa para que nuestras Sociedades se sostengan firmes; si, como esperamos, saben resistir esta ola de odio y calumnias que levantan contra nosotros la burguesía y sus voceros, podrán quizá debilitarse nuestros cuadros en esta batalla; pero se reconstituirán pronto y terminarán por imponer nuestros justos principios.

Esta es la labor que nos interesa realizar. Cada cual en su radio de acción debe contribuir a que nuestras ideas triunfen en el campo como en la ciudad, en el cortijo como en la Casa del Pueblo. Ha de haber siempre compañeros abnegados que luchen sin claudicaciones en favor de nuestras ideas. Haciendo esto se impondrá frente a los burgueses de toda España el ideal justo de nuestra total emancipación.

PASO A LA JUSTICIA

¡Justicia, justicia! Es el clamor de los pueblos. Es el grito desesperado de millones de campesinos de facciones toscas, curtidas con el negro sudor de su esclavitud. Es el clamor sordo y callado, expresado por el amargo dolor de millones de madres y por el inocente lloriqueo y el hambre de millones de angelitos que no piden más que ¡pan! ¡Justicia!, claman los pueblos. ¡Justicia!, gritan los trabajadores campesinos. Y es verdad. Tienen razón. En los pueblos no se hace justicia; el caciquismo impera; el propietario, que es también el cacique, esclaviza inicua al trabajador; el sudor del obrero sigue explotándose de una manera cruel e inhumana...

Será un «tópico», será un «retópico»; pero es también, desgraciadamente, una realidad: «la República no ha llegado a los pueblos».

¿Quién lo impide? ¿Qué cosa se opone a la libre expansión de las ideas redentoras de libertad y justicia?... Bien sabido está. Parece ocioso el decirlo y, sin embargo, hay que repetirlo una vez más: el **caciquismo**. Esa plaga de destructora langosta que devasta y arrasa las fértiles conciencias de los trabajadores campesinos; ese virus ponzoñoso que ataca a los pueblos en su corazón mismo; esa mala hierba parasitaria que medra a costa del sudor y la sangre de sus esclavos... ¡Eso es lo que hay que aniquilar y reducir a la impotencia! ¡Sobre ese monstruo que cruelmente martiriza a los pueblos es sobre el que tienen que descargar inexorablemente su potente brazo los gobernantes de la República! Hay que combatir esa plaga de seres destructores y reducirlos a viles cúmulos de substancia orgánica putrefacta... Hay que aplicar una eficaz terapéutica republicana a ese mal endémico que padecen la mayo-



PASTOREO, por Bardasano.

Ayuntamiento de Madrid

ría de los pueblos. No nos contentemos con una cura superficial: ¡profundicemos!; no nos conformemos con ver cicatrizar la herida exteriormente, pues de no hacer desaparecer por completo ese virus ponzoñoso, volvería cuando más descuidados estuviésemos a manifestarse con más violencia... No nos conformemos tampoco con cortar el follaje de esa mala hierba, pues de hacerlo así volvería a crecer más tarde con más vigor y pujanza... ¡Arranquémosla de raíz, pues es su sino!

Entonces veríamos cómo las fértiles conciencias de los trabajadores campesinos, libres ya del tirano yugo que las oprimía, darían sazónado fruto, que ofrecerían en holocausto a las ideas republicanas.

¡Avance, pues, armada la Justicia hacia los pueblos y descargue con frialdad desinteresada la humanitaria sentencia que dictara en su hermoso «Canto al trabajo» aquel sentimental poeta Gabriel y Galán, inmortal cantor del alma sencilla y humilde del pueblo extremeño!

«Tiempos tan esperados de la Justicia, que avanzáis armados; ¡Sitiad por hambre o desquiciad las puertas de alcázares dorados que no las tengan al trabajo abierto!»

ENRIQUE ENRIQUE

Salamanca.

Reforma agraria

Las Cortes constituyentes de la República española, después de muchos meses de continuas sesiones, acaban de aprobar y convertir en ley el proyecto de Reforma agraria.

Este hecho, al convertirse en realidad, constituye el avance más revolucionario en el régimen capitalista—que en el agro español pueda darse. En España, país eminentemente agrícola, el asentamiento de campesinos en las fértiles campiñas andaluzas y en el resto de España, será la salvación de la miseria, más abyecta cuanto más injustificada, de millones de campesinos anhelantes de pan y trabajo; será la piqueta más firme que demolerá el viejo y carcomido cimiento del caciquismo rural, puntal del extinguido régimen monárquico; será el único medio de evitar el éxodo de campesinos a la ciudad y, por tanto, el mejoramiento de vida del obrero industrial, que se verá libre de la competencia; el golpe de muerte de tantos demagogos que, explotando las ansias y anhelos de los campesinos, le prometen tierra libre, mucha tierra, el paraíso, en suma, y que no viéndoles realizadas con la premura y radicalismo dichos, destruyen sus esperanzas de un día y los lleva a extremismos infantiles e inútiles y a convertirse en enemigos de todo régimen estatal; será el poderoso acicate y ejemplo viviente para el campesino contemplar en la masía, hacienda o cortijo, la tierra cultivada y con exuberante vegetación, antes árida llanura o agreste monte. Y de la inmensa legión de famélicos surgirán las familias satisfechas y felices, y los padres enseñarán a sus hijos a amar el régimen de colectividad agrícola, desapareciendo el absurdo y criminal régimen de la propiedad privada.

Este es, a grandes rasgos, el beneficio de la Reforma agraria. Y entonces podrá decirse por todos los rincones del país, y podrá apreciarse hasta por los más reacios e ignorantes, la labor de unos hombres que se llaman socialistas, hoy tan calumniados y menospreciados por los demagogos, incapaces de ninguna obra social, y por los interesados en mantener a la Humanidad en la esclavitud y la ignorancia.

¡Campesinos españoles! Unámonos todos bajo la bandera del Socialismo. ¡Viva el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores, vanguardia y guías de la revolución social!

Paradas.

ENRIQUE BURGUILLOS

¡Labradores! ¡Trabajadores de la tierra!

Existe en este rincón de la sierra de Cazorla, llamado Almizán, provincia de Jaén, una finca, cuya cabida es de unas 300 hectáreas de terreno, parte de él de riego y casi la mayoría de monte y pastos, que su propietario habita en Pozo Alcón, provincia de Jaén. Dicha finca está arrendada a unas cuantas familias pobres y con pocas fuerzas y recursos para hacerle producir por los arrendamientos tan crecidos que vienen pagando y con todas las fatigas que están afrontando. Algunos de ellos llevan treinta años cultivando las parcelas que tienen arrendadas, y otros llevan menos tiempo; pero todos se encuentran en la misma forma: en la miseria, despedidos de las fincas y viendo esos inquilinos que la producción de ella es menor que la renta que vienen pagando hace muchos años, y que el propietario exige que la sigan pagando limpia de gastos de contribución y de todo.

Los inquilinos decidieron ir a casa del «amo» en demanda de que les ba-

jara la renta, porque de esa forma no podían seguir en su finca, porque no producía para comer ellos y pagar la renta que tenían pactada. Pues bien; el «señor» propietario les contesta a sus inquilinos de una forma grosera, y les dice:

—¿Y es todo eso lo que queréis de mí? Pues bien, ¿qué es lo que tenemos tratado?—le pregunta a uno de ellos.

—Pues mire usted, mi «amo». Lo mismo lo sabe usted que nosotros. Ya sabe usted que yo hace treinta años que cultivo treinta hectáreas de terreno, que de ellas no siembro nada más que la mitad cada año, y que le vengo pagando 110 fanegas de trigo, 10 de cebada, 2 de garbanzos, un cerdo de 10 arrobas, 18 gallinas, las reparaciones del cortijo a costa mía y 225 pesetas para pagarle la contribución de la finca, y de esta forma todos los que estamos en su finca. Así es que como le pagamos la contribución de la finca, y todas las rentas están muy subidas, y todo lo coge libre, pues venimos a que nos rebaje la renta.

—Pues mirad. Todo lo que me dais es mío, que lo tenemos tratado, y si queréis seguir en mi finca ha de ser con ese trato que tenemos hecho, y si no queréis seguir de esa forma os marcháis de ella. Y si no la tengo arrendada para sembrarla, que críe hierba. Así es que ya os he dicho todo lo que tenía que decirlos.

¿Cuántas veces habrán pagado estos inquilinos la finca a ese propietario con la renta que vienen pagándole anualmente? ¿Qué gastos ha hecho ese propietario en esa finca para que disfrute todo lo que produce sin trabajar? ¿Si le pagan la renta la contribución de la propiedad!

¡Qué lástima de hombres! ¡Qué ignorancia tan grande existe en sus cerebros! ¡Sacrificados todo el año y pasando fatigas para criarle al «amo de la tierra» el trigo, los animales, y ganar el dinero para pagarle la contribución de la finca, mientras él está disfrutando lo que otro está sudando y padeciendo todo el año por ver si puede vivir y dar de comer a sus hijos y a su familia; pero luego ve que todo el sudor que ha derramado y todo lo que ha producido se lo arrebató el «amo de la tierra» sin padecer ni sufrir nada!

¿Es que no hay derecho a que ese obrero viva y disfrute de la vida como ese usurero que no produce, que no trabaja y que tanto odia al que le da de comer? ¿Es que ese obrero no es un ser humano como ese propietario que no sirve nada más que para comer y atropellar leyes pretendiendo tener en la esclavitud a los obreros?

¡Obrero de la tierra! Date cuenta de tu esclavitud, pues la culpa es tuya porque te dejas avasallar y no te defiendes y no te unes a tus compañeros para hacer un bloque potente que acabe con nuestra miseria, siendo todos uno solo, con un mismo pensar y una misma idea, y esa idea es el Socialismo, que será nuestra emancipación y nuestra verdadera redención.

Daos cuenta, obreros de la tierra, de las quejas que de unos y otros pueblos publica EL OBRERO DE LA TIERRA, de los atropellos y vejaciones que cometen con los trabajadores. Ya veis este propietario, a que me refiero más arriba, en la miseria que tiene sumidas a unas cuantas familias que todo el año están trabajando para que él disfrute y derroche a costa del sudor de ellas.

¡Labradores! Hay que despabilarse. No os dejéis engañar más tiempo. Exigid vuestros derechos. Uníos al Partido Socialista, a la Federación de Trabajadores de la Tierra, a la Unión General de Trabajadores, y tendréis quien os defienda, ilustre y enseñe el camino de la vida nueva, y aprendéis la obra verdadera de los trabajadores.

¡Trabajadores! ¡Obreros de la Tierra! A unirse todos, a luchar todos y a defenderse todos, y siendo todos un solo hombre bajo la bandera socialista.

ANGEL GARCIA

Cazorla (Jaén).

Aviso de interés

Hay algunas Sociedades y corresponsales — pocos, por fortuna — que no cumplen sus deberes abonando el importe de los ejemplares que han recibido y vendido, sin duda alguna, de nuestro semanario EL OBRERO DE LA TIERRA. Esto no puede continuar así. Esas Sociedades y compañeros deben comprender que la imprenta donde se imprime el periódico hay que pagarla, y lo mismo el papel, correo, etc., etc., y si ellos no abonan sus deudas no pueden cumplirse estos deberes.

No estamos dispuestos a consentir esto. En lo sucesivo, se retirará el periódico a quien se atrase en el pago, y si no abona lo atrasado tendremos que decirlo públicamente, para justificar ante los demás nuestra decisión.

Esperamos que se tengan en cuenta estas líneas y que las Sociedades y compañeros aludidos cumplan con su deber sin nuevas excitaciones.



Octubre. Mes de sementera en nuestros secanos; momento preciso para depositar las semillas en la tierra, que ha de fecundarnos la próxima cosecha, y que si, como el actual, se presenta de buen «tempero», ha de procurarse no perder un momento en realizarla. Depende en alto grado el éxito de la futura cosecha del menor tiempo que se invierte en hacerla.

Es, pues, conveniente que todas las operaciones preliminares de todo buen labrador estén realizadas a fines de septiembre; como gradeos, para destruir la corteza que se formó en el barbecho durante el abandono a que estuvo sometido mientras se recolectó la cosecha; reparto de abonos, que como los orgánicos (estiércoles) y minerales (excepto los nitrogenados muy solubles) deben incorporarse con el mayor intervalo posible entre éstos y la sementera; destrucción de cardos y plantas espontáneas que vegetaron durante el verano, levantamiento del rastrojo de leguminosas y gramíneas, cuando no se pudo hacer antes de la trilla por falta de humedad en el suelo. De esta manera todo estará listo para que de lleno nos dediquemos durante este mes al reparto y entierro de semillas. Porque no olvidéis que cada día que pasa del 15 (en las Castillas) ha de sembrarse un kilo más de simiente por hectárea (2 fanegas) para conseguir el nacimiento del mismo número de plantas, siendo idénticas las demás operaciones.

Entre las muchas ventajas que encierra la sementera temprana («¿Adónde vas, tardío?...» — «¿A alcanzar a los tempranos.» — «¿Ni en paja ni en grano!») es acaso la fundamental el que en las altitudes de estas mesetas castellanas se dejan sentir pronto los rigores del invierno, con sus vientos secos y sus heladas copiosas; conveniente es que nos coja las nuevas plantas lo más crecidas posible, y de esta manera las tendremos en mejores condiciones para la lucha con los agentes atmosféricos, garantizando un ahijamiento mayor en cada pie, cosa difícil de obtener en los tardíos, que, debido a la falta de temperatura, crecen y se apoderan de ellos las plantas nocivas e inútiles antes que las cultivadas.

Es mi deseo llamar la atención a mis camaradas del campo sobre la conveniencia de que no incurran en los grandes errores de la mayoría de los agricultores que, no obstante conocer las ventajas en la selección de semillas, pocas veces o ninguna la practican, siendo corriente emplear o destinar a siembra el último trigo que se recolectó, porque el primero, que fue mejor, se trilló antes para que fuera aceptado por el comercio sin dificultad; los otros, que alardean de más competencia, establecen intercambio de granos, porque es notorio que la zona X da buenos trigos de simiente. Persisten otros en el empleo de granos poco desarrollados o defectuosos de granazón, y lo fundamentan en que es mayor el número de granos que entran en el puñado del sembrador, quedando más «empanado el sembrador».

¡Bonita teoría si fuera cierta! Con duplicar la simiente garantizamos el duplo del producto a obtener..., y pocas cosechas serían malas, pues el duplo de simiente equivaldría al quintuplo de producto, y todo agricultor que quisiera obtener 40 fanegas de trigo por hectárea le bastaría con que echara 230 kilos, o sea justamente el doble de lo que yo os aconsejo.

No; el secreto no está en la canti-

dad de semilla, sino en la calidad del reproductor; lo saben por la ganadería en todas sus especies; lo saben bien y no lo hacen, y yo quiero, obreros de la tierra, que a medida que vayáis transformándoos en agricultores, en vez de esclavos, seáis hombres conscientes, abandonéis las prácticas viejas que son tan nocivas como el salario que habéis percibido, y en todo pidáis consejo a nuestros compañeros de Federación, que con el mejor deseo y amor de hermanos os hemos de aconsejar aquello que más conduzca al triunfo, y no porque lo digan los libros, sino que lo dictará el corazón, que es el más hermoso de los libros cuando se aplica en bien de los humildes.

No; no existe secreto, sino el deber de hacerlo bien, y para ello procederéis de la manera siguiente, en cuanto a obtener buena simiente:

Se coge un grano, un solo grano, y se entierra a una profundidad no mayor de 10 centímetros; se le cuida con todo esmero—cual al cordero que por su conformación de bellas líneas, ancho pecho, patas cortas y buena lana se eligió para semental o reproductor—; se obtendrán de 4 a 6 espigas, las que, bien sazonadas o maduras, se recogerán; de ellas sólo aprovecharemos los granos del centro, despreciando los extremos, casi siempre defectuosos; se volverán a sembrar estos granos esparcidos a distancias de 25 centímetros, cuando menos, y así sucesivamente, teniendo una parcela—que variará según la importancia de la explotación—dedicada exclusivamente a la obtención de semillas; mas cuando sea en el gran cultivo extensivo donde operemos, se comprará la mejor seleccionadora que exista en el mercado, prefiriendo las centrífugas, que, si son caras hoy para el individuo, son baratas para las Asociaciones, máxime si están, como deben, asociadas entre sí.

Para la rapidez, economía de semilla y perfección de la sementera, tengo que recomendaros la sembradora a chorriollo, de 9 caños mejor 7, y cuantas más máquinas, mejor; pero, en tanto que lleguéis a alcanzar la independencia económica a que tenéis derecho, basta con que al preparar la tierra lo hagáis con el arado común o romano, de orejeras largas y con una inclinación de 45 grados con respecto al dental o cama. Procurando al trazar estas líneas paralelas que el lomo o caballete sea en su parte alta lo más fino posible. Hecho esto, se distribuye el grano lo más uniforme posible, y en vez de ejecutar la operación lentísima de la «cachá» o desgarrar del lomo, en la que invertís un tiempo hermoso para cubrir la semilla, se coge con junta una grada zigzag, o, en su defecto, una tabla dentada, y en todas direcciones se pasa tantas veces como sea necesario, hasta conseguir que aquello quede llano como una era; se obtiene la gran economía de tiempo que no me canso de recomendaros, y las nuevas plantitas pasan el invierno más abrigadas, sin encharcarse. Observaréis que nacen en líneas, como si estuviera sembrado a máquina; mas, al llegar la primavera, cuando los tallos alcancen de 10 a 15 centímetros, se hace el aporcado, utilizando el mismo arado romano con orejeras un poco más cortas, pasándole por la pequeña entrecalle cuantas más veces mejor.

JUAN AMPUERO,

perito agrícola.

“VENTOSILLA”

Ya sé que este solo nombre llevaría a la imaginación de muchos compañeros que conozcan esta finca solamente por referencias un algo así como el recuerdo de los cuentos de hadas. En cambio, la sensación que en otros de nuestros hermanos ha de producir ha de ser de odio hacia uno de los mayores y más descarados explotadores del campesino.

¡Ventosilla! ¡Oh si vosotros que me leáis imaginaseis tan sólo los efectos que este nombre produce en mi ánimo y en el de los campesinos de Gumiel del Mercado! Pero dejémos de lamentaciones, que a nada conducen, y pasemos a decir la verdad de lo que pasa en la finca de la «Ventosilla», alrededor de la cual han formado una especie de leyenda

que ha servido para que quede excluida de la Reforma agraria.

No quisiera que mis palabras molestasen a nadie por muy duras y espinosas que ellas puedan ser, ya que son fruto no del odio o rencor que pudiese sentir hacia ese «dueño y señor» castellano que en nada merece del «dueño y señor» andaluz, sino del dolor que me produce el ver los elogios que tanto en las Cortes como en la prensa hacen compañeros nuestros de este explotador del campesino. Esto es lo que mueve mi pluma para deshacer el mito de la «Ventosilla», «finca modelo», y salir en defensa del campesino. Ahora volvamos nuestra vista atrás no más que un par de años y veamos cómo vive el trabajador en «Ventosilla».

La finca se halla enclavada en el término de Gumiel del Mercado (Burgos), y pertenece al cavernícola don Joaquín Velasco. La distancia que media entre Gumiel y la finca es de cinco kilómetros largos, que en invierno es preciso recorrer entre agua y fango. Se precisa también pasar un río y varios canalillos abiertos para regar el campo de la finca. Pues bien; ni el río ni los canales tienen puente ninguno estable, sino una tabla que en cuanto caen cuatro gotas ha desaparecido, viéndose la mayoría de las veces obligados a descenderse y pasar el río de esta forma.

La hora de empezar el trabajo en invierno era a las seis de la mañana, de modo que tenían que salir de casa a las cuatro para recorrer la distancia que hay de Gumiel a «Ventosilla», que, como he dicho, es de cinco kilómetros, y echa cuenta que de las oficinas y talleres media, a veces, a los tajos otros cinco kilómetros, y cuando abandonaban el tajo, ¿sabéis qué hora era? ¡Gañanes y cortijeros andaluces, prestad bien atención! Cuando vuestro hermano el explotador en la «finca modelo» dejaba el trabajo eran las ocho de la noche, y en invierno. Empezaba a arar y cavar con estrellas, y dejaba la faena con estrellas. Después tenía que desparejar y demás trabajos de la cuadra, de modo que cuando se reunía con su familia eran las once de la noche. Se me dirá: ¡Pero estaría bien retribuido! ¡Ah!, sí, como no. Por catorce y hasta dieciséis foras de trabajo, el que más percibía eran tres pesetas de jornal. ¡Una barbaridad! Y todo esto, para mantener siete u ocho hijos de familia.

En verano, la hora de empezar el trabajo era a las tres de la mañana, teniendo encorvado el cuerpo sobre la mies, y bajo los abrasadores rayos de sol de la meseta castellana, hasta las diez de la noche. Después, vuelta al pueblo, haciendo la entrada en el hogar familiar a las once o las doce de la noche, y a descansar un par de horas para nuevamente recorrer la distancia y estar en el tajo a las tres de la mañana. Pero ahora, a decir verdad, si que estaba bien retribuido el obrero, pues por «dieci-ocho o veinte horas» de trabajo percibía una remuneración de «siete pesetas» como máximo..., y a secas. No quiero, por ahora, hacer ninguna clase de comentario. Lo dejo a la libre intervención de mis lectores. Yo tan sólo quiero exponer los hechos escuetamente.

Esto es lo que ha pasado en la tan ponderada y alabada finca la «Ventosilla», de cuyas alabanzas parte de nuestros directivos y de nuestra prensa se han hecho eco. Yo disculpo, y quisiera, como digo al principio, que mis palabras no molestasen a nadie, yo disculpo a nuestros compañeros y prensa que tanto han alabado hasta hoy esa finca sin derecho ninguno a esas alabanzas, ya que supongo que los datos y conocimientos que ellos tienen los han adquirido por referencias, y solamente les digo que esta finca es un modelo de explotación, como ellos dicen, si; pero un modelo de explotación no del campo, sino del pobre campesino que se ve obligado a ganar un pedazo de pan en esa tierra maldita, regada y abonada con el sudor de nuestros abuelos.

V. TUDELA

LAS IDEAS ANARQUISTAS

Luisa Teresa fué en los primeros años de su vida, y siempre, pobre y desgraciada, no por sus condiciones personales, que eran buenas, ni por nacer para sufrir, que es pura tontería, sino por deficiencias del medio, todavía inhumano. Sin padres conocidos, con el solo amparo de una desdichada mujer del pueblo, del más bajo pueblo, a muy corta edad tuvo que vender periódicos por las calles de Sevilla para poder comer.

Al cumplir los catorce años, conasco profundo a la vida de vendedora de periódicos, herida en su dignidad por la grosería de la calle, se metió a servir. No fueron sus primeros años muy buenos: un maestro de obras y su mujer. El maestro de obras tenía más de truhán que de persona decente, y Luisa Teresa no estaba segura ni bien tratada, y los dejó.

Al poco tiempo de tener nuevos años y de vivir mejor y más tranquila, conoció un muchacho joven, obrero también, con quien hizo amistad.

Era el amigo de Luisa Teresa Juan Domarco, de origen portugués, un joven agradable, nervioso, inteligente, algo místico y muy impresionable. Le gustaban mucho las lecturas de vanguardia, más cuanto más fueras, y leía, leía, y en sus bolsillos había siempre periódicos y folletos anarquistas.

Por ese su temperamento, sin duda, a las primeras de cambio, así que conoció a Luisa Teresa y su vida, se dijo: «Esta mujer me conviene; sabe, como yo, lo que son penas y tiene del mundo y de las gentes una idea bien pobre. Además, su alma, golpeada uno y otro día por el destino, siente ansias de una mano amiga, por un poco de cariño, y será una buena compañera.»

Otro día le dijo: «Tú y yo, Luisa Teresa, productos de la desgracia, no

podemos ser buenos amigos, sino otra cosa.» Luisa comprendió y a partir de aquel día contaba las horas y los minutos cuando le esperaba. Empezaron a quererse, a ser felices.

«Los días que vienes, Juan—decía ella—, no sé lo que me pasa; parece como que el reloj no cuenta las horas en su propia campana, sino en mí, muy adentro.» También para ella eran las palabras de Luisa Teresa de doble sentido, emocionantes y únicas. A los cuatro o cinco meses de quererse se constituyeron en matrimonio; un matrimonio sin intervención de curas ni jueces: libres.

La luna de miel fué para ellos una resurrección, algo nuevo, profundo e íntimo; como habían vivido sin protección ni cariño de nadie, al conocerse y entregarse se amaron noblemente. Eran felices, completamente felices, y en estos momentos de felicidad, en los que hablaban las almas, Juan solía decirle: «Yo, Luisa Teresa, lucharé en este mundo por dos cosas: por ti y por la justicia, o mejor dicho: por una, por ti, porque tú representas en la tierra la justicia, según yo la entiendo.» Y otras veces: «Día llegará, Luisa, que las palabras «obrero» y «trabajador» pierdan el sentido que hoy tienen, de clase, porque ese día todos seremos trabajadores, de otra manera.»

Y así, encantado de su mujer y de sus ideas, vivía Domarco, un hombre sencillo y bueno de verdad a la brevedad, a quien un poco de pan y de justicia, y los bolsillos llenos de periódicos, bastaban para vivir contento.

Pero estas ideas suyas, de amor y trabajo, quizá las mejores, desde otro punto de vista, simples y obsesiones, y que él sentía con fanatismo, le perdieron.

Una noche, allá a las cuatro de la mañana, sintió tiros y voces, cosa de sindicalistas y anarquistas, y se levantó. Voces de gloria fueron las primeras para Domarco, y al pisar las calles y ver a sus hermanos en ideas, como él decía, trabajando por la causa, creyó conquistada la justicia. ¡Pobre Domarco! ¡Buena justicia le hizo Dios! Horas después la desgraciada Luisa Teresa reconocía el cadáver de su marido en la antigua plaza de San Fernando.

A. HORRILLO

Hay que imponerse

Nadie podrá ocultar ante estas líneas que si bien no son de un profesional dedicado a traspasar sus humanísticas cuartillas como medio de utilidad a las columnas de la prensa, sí lo es en el fondo ese profesional que sabe sentir por otra justicia más justa y equitativa que la presente. No está en mi ánimo, como luchador por las reivindicaciones de la clase obrera, herir los sentimientos de los hombres que ostentan por el Gobierno de la República funciones de orden y sociales como es la de gobernadores, no; tal vez lleve en el fondo de mi intención fortalecer el espíritu de esos hombres representativos en provincias que han sido de tendencias republicanas, y que al verse rodeados de laureles han olvidado la vez, sin darse cuenta, ese espíritu que tanto alardeábamos antes del nacimiento de la República.

Las funciones de los gobernadores civiles de la República deben, por razón de justicia, ser más eficaces, éstas llevan en sí la intervención en el aspecto social, pues en estos asuntos no hay ni caben políticos.

Los trabajadores alteran el orden no por su mala intención; lo hacen por pura necesidad, porque aún ven desatendidos en sus más justas aspiraciones, cuales son las de trabajar. Estos obreros han tenido lugar de darse cuenta de que los oírse mientos constantes que se les hacen desde la tribuna por hombres republicanos, en tiempos de la monarquía no han respondido a ese mejoramiento material y moral que todos los republicanos de aquel régimen solíamos, y que en un día memorable del 14 de abril supimos, con altera de miras, derrumbar a aquella tiranía borbónica y chulapona, de señores privilegiados, para tener a hombres que superaran imponerse con la calaña; pero, desgraciadamente, aún se nota el mismo estado de cosas, conquista de simpatías, de políticos, etc., en el aspecto del privilegio relacionado con los trabajadores, todo es igual, cuestión de forma, ha variado nada. ¿Está esto claro? En los departamentos que afectan a asuntos sociales se debe tener personal de reconocida solvencia republicana, para que con su actividad se lleven estas tramitaciones, que sólo afectan a la clase trabajadora, como al mismo tiempo a parar del poder gubernamental funciones de índole social.

Desde las poblaciones rurales nos servamos, con gran disgusto, aún queda ese regocijo del privilegio para que lo sigan viviendo esos señores, en su totalidad boicottando del régimen republicano, que sin causa ninguna han debido ser destituidos, mientras que las autoridades netamente republicanas pierden fuerza de tal autoridad cuando se ven teniendo necesidad de ejercerla sobre esas personas que han sido intrínsecamente con sus mandatos, que han perdido la fuerza esa auto-

Ante el Congreso socialista

Serenidad frente a las circunstancias ha dominado las deliberaciones del Partido Socialista. Creían nuestros enemigos que las discrepancias determinarían actitudes violentas, que los hombres no dominarían su pasión y que el Congreso resultaría un maremagnum de ideas encontradas cuya terminación fuera el escándalo.

Pero nada de eso pasó. El Partido Socialista es el único donde todo se puede discutir, donde las conductas son tamizadas debidamente, exigiendo a sus hombres representativos todo lo que pueden dar en beneficio de las ideas. Por eso, las sesiones esperadas, la pasión, el calor de las convicciones se desataron; pero como la honradez guiaba los pasos de unos y otros, el Congreso reconoció que no había culpables, sino servidores del Socialismo que se esforzaron en cumplir lo que era acuerdo unánime de la mayoría.

Es que nosotros tenemos adentro en lo más hondo del alma el sentido de la responsabilidad. La conducta de los militantes socialistas está en todo instante controlada por los compañeros, lo mismo en las agrupaciones políticas que en las organizaciones sindicales. Por eso sobre nosotros caen las injurias de nuestros enemigos, que, no encontrando punto por donde atacar, destilan en la prensa toda la pobreza mental que poseen.

La organización sindical encauzada por las doctrinas socialistas no puede, en ningún momento, dar saltos en el vacío, porque la caída es funesta. Un movimiento de carácter revolucionario es difícil, porque su preparación es larga. Por eso, los hombres del Partido, al encauzar el hecho que había de dar al traste con el régimen monárquico, sintieron que la responsabilidad era enorme; que no había de fiarse el éxito de la acción a los militares, porque éstos bastantes veces habían dejado solas a las organizaciones cuando se trató de combatir el despotismo.

Se discuten apreciaciones y se sacan enseñanzas siempre que un ideal presida los actos. Cuando se plantea un asunto grave en las organizaciones, los hombres que sienten el Socialismo son tardíos en ejecutar; pero, no obstante, cuando el caso llega, después de un estudio minucioso, no abandonan a su suerte a los que les siguen, porque saben que de la acción por ellos dirigida sale el triunfo absoluto de las aspiraciones formuladas.

Se tiene responsabilidad porque se sienten ideas. Los que caen en el extremismo funesto flían en los lirismos retóricos de una verborrea desatada, que da al traste con los núcleos constituidos a fuerza de grandes esfuerzos. Se acusa el sentimiento mezquino de venganza, a sabiendas de que producen víctimas entre los trabajadores, para satisfacer y justificar una acción desprovista de fundamento, que no es revolucionaria, es suicida, y después se lanza la acusación contra los hombres que en todo momento aconsejaron calma cuando era preciso; pero que no vacilaron en acudir al terreno de la lucha cuando consideraron que era necesario porque la masa trabajadora tenía conciencia suficiente para actuar en el verdadero terreno de la revolución.

Esta actuación se pone sobre el tapete, y todos discuten. Entre nosotros puede haber equivocaciones, porque los mortales son susceptibles de cometer errores; pero al traidor se le elimina, al inmoral se le expulsa, porque consideramos que tienen que actuar hombres que no tengan tacha y que su vida pública esté a disposición de cualquier afiliado que quiera discutirla, no desdendiéndola tampoco el exponer a la consideración general su vida particular e íntima. ¿Pueden decir lo mismo nuestros enemigos? Porque es paradójico que los que lanzan anatemas contra los hombres, los que salpican el fango que les ensució toda su vida, sean los que se atreven a difamar, con una patente de luchadores que sólo se administran ellos, porque la masa trabajadora jamás les vio en los instantes decisivos.

Conviene que la masa trabajadora vaya conociendo a todos. Que se sometan a pasar por el lazareto aquellos que hoy se sienten más que nadie, porque difamar a los hombres, lanzar entre los obreros la semilla de la duda, hablar públicamente cuando la irresponsabilidad les escuda, es fácil. Actuar dentro de los núcleos proletarios, vivir su vida, someterse a sus acuerdos, es cosa que jamás harán los arribistas de última hora que, llamándose republicanos, nunca fueron revolucionarios cuando el serlo era un peligro, cuando se jugaba la vida en las avanzadas proletarias.

Ya el Congreso se reunió y salió la prueba terminante de que sus hombres son discutidos sin tener en cuenta ni su historia ni su posición dentro del Partido, porque nosotros somos todos iguales en cuanto a obligaciones; pero la responsabilidad de los actos es mayor para los que tienen nuestra confianza, cosa que no ocurre en el resto de las agrupaciones políticas, donde impera el fetichismo de los jefes, que casi siempre son irresponsables de los actos que cometen, porque les cubre la inmunidad

de una jefatura tradicional y arcaica.

Son consideraciones que tienen que pesar en el ánimo de los trabajadores, porque de ellas han de sacar consecuencias inmediatas para seguir su trayectoria sindical. Constantemente se manifiesta que los hombres que militan en las filas del Socialismo jamás prometen lo que consideran que no se puede cumplir; de esto arranca la fuerza de la organización orientada en sus principios, sino que afirman constantemente que la constancia y la fortaleza de las organizaciones son los elementos indispensables

para el triunfo definitivo de sus ideas.

El Socialismo no se impone, sino que hace evolucionar la sociedad hacia sus postulados, por medios humanos si se prestan a ello, por medio de la revolución si los elementos conservadores recurren a la fuerza para mantener sus privilegios.

Se hace la revolución por ambos caminos; pero no se dice a la organización que emprenda una ruta suicida que la conduzca a su derrota y al afianzamiento de una sociedad capitalista. El proletariado organizado, con una cultura suficiente, hace la

revolución sin gran esfuerzo; pero conviene decir que los que actúan en el extremismo son factores a los que es necesario hacerles comprender que su obra es funesta para la consecución de las finalidades que se propone la clase trabajadora.

Hagan conciencia socialista los militantes de las organizaciones, para encauzarlas debidamente, desechando los románticos impulsos de unos ilusos o de unos malvados que lanzan a las entidades a una lucha contra el poderío capitalista sin decirles los sacrificios que han de pasar en la con-

tienda. Vean y estudien los debates del Congreso socialista, para convencerse de cómo actúan los que son injuriados por los que, al servicio de nuestros enemigos, se prestan a sembrar el desconcierto entre los trabajadores, y después indicarán a sus compañeros el verdadero camino de la revolución social.

Es la ejecutoria limpia del Socialismo: honradez en los hombres y actuación controlada por todos. ¿Pueden mostrarla nuestros enemigos?

CÁNDIDO PEDROSA

PROBLEMAS AGRARIOS

En el Congreso del Partido Socialista que se ha celebrado recientemente se aprobó por unanimidad la siguiente ponencia sobre problemas agrarios:

«Los que firman, nombrados por el Congreso para dictaminar acerca de las propuestas que sobre problemas agrarios han presentado distintas Agrupaciones, después de estudiar con el detenimiento que merecen las citadas iniciativas, tienen que exponer lo que sigue:

Entre las treinta y cinco propuestas que figuran en el orden del día de nuestro Congreso, comprenden casi todos los problemas fundamentales que afectan a la vida del agro español.

Su enumeración es la siguiente:

Nacionalización de la tierra, minifundios, rentas, redención de foros y subforos, expropiación forzosa sin indemnización, deslindes, enseñanza, higiene, salario, repoblación forestal, policía rural, tributos, señoríos, plan quinquenal, arrendamientos colectivos, explotación en común, arrendamientos ordinarios, Cooperativas, Banco Agrícola, limitación de términos municipales, Jurados mixtos, accidentes del trabajo, etc., etc.

No necesitamos esforzarnos para convencer a los delegados de la imposibilidad en que se encuentra esta Ponencia para estudiar un problema tan vasto como el de la agricultura española. En el tiempo de que podemos disponer no puede estudiarse ni siquiera uno de los temas enunciados, ni tampoco se dispone de los elementos necesarios para dicho estudio (estadísticas, informaciones sobre el terreno, etc., etc.).

Por otra parte, tenemos a la vista los acuerdos tomados por el II Congreso de la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra, que, como todos sabemos, forma parte de nuestra Unión General de Trabajadores, y en ellos se abordan casi todas las proposiciones que figuran en nuestro orden del día. Como estos acuerdos del mencionado Congreso de trabajadores de la tierra se han inspirado en la orientación sindical y política de clase que enseña la táctica socialista, creemos que será lo mejor, y así se propone, que se acuerde la siguiente declaración:

El Congreso socialista, reunido en Madrid en los días 6 y siguientes de octubre de 1932, declara:

Que apoyará, como siempre, las aspiraciones de los trabajadores del campo, considerándolos para todos los efectos en las mismas condiciones que a los obreros de la industria, y, en su consecuencia, se encarga a la Comisión ejecutiva y al Comité nacional que se designe que ayuden con los medios de que puedan disponer a la consecución de las justas reivindicaciones acordadas en el II Congreso de la Federación nacional que antes se nombra.

Asimismo se propone al Congreso, dando a estas proposiciones carácter de urgencia, que apruebe, para combatir el paro forzoso en el campo, lo siguiente:

a) Que las disposiciones promulgadas sobre laboreo forzoso se reformen en el sentido de que las Comisiones de Policía rural puedan hacerlas ejecutivas, concediéndose un recurso de apelación ante el Jurado mixto del Trabajo rural, quien resolverá en un plazo máximo de cuarenta y ocho

horas. Cuando transcurrido este plazo no se haya resuelto, se considerará firme la resolución apelada.

Cuando no existan Jurados mixtos, resolverá la Junta central de Laboreo forzoso, en las mismas condiciones señaladas para dichos Jurados.

b) Que se establezcan en todos los pueblos oficinas de colocación, y que, una vez hecho el censo profesional, se ordene la obligatoriedad de proveerse de obreros en estas Bolsas de Trabajo, y que lo hagan por turno riguroso de inscripción.

c) Que se constituya, si es necesario, algún organismo para que se despachen sin demora los recursos que abusivamente vienen interponiendo los patronos contra las resoluciones que sobre bases de trabajo acuerdan los Jurados mixtos, o que se limite el derecho de recurrir.

d) Que se redacte y se entregue a las Sociedades obreras y Comisiones de Policía rural una especie de cartilla, en la que se contengan las normas a que han de sujetarse para el laboreo y explotación racional de los montes.

e) Que se solicite del Gobierno de facilidades al ministerio de Obras públicas para que pueda emprender los trabajos de irrigación del campo, de construcción y reparación de caminos o cualesquiera otros que considerándose necesarios puedan con su ejecución aumentar la riqueza nacional y mitigar al mismo tiempo los desastrosos efectos que produce a nuestros camaradas la falta de ocupación.

No creen los firmantes de esta ponencia que deben terminar su labor sin decir al Congreso lo siguiente:

La esperanza legítima puesta por las clases obreras en la ley de Reforma agraria se defraudará en parte a causa de la forma como se trata de constituir el Instituto de Reforma Agraria. Si prevalece el criterio del ministro, creemos los firmantes que la ley citada se cumplirá mal, tardíamente y con perjuicio de los obreros, que se han de encontrar con una escasisima representación frente a los demás elementos burgueses. El mencionado Instituto, en su composición, no se ajusta a la base 3.ª de la ley; en su artículo 22 viola la de Jurados mixtos. No es nuestro propósito hacer una crítica de dicho organismo, sino proponer al Congreso que se solicite del Consejo de ministros, y particularmente del ministro de Agricultura, que se reforme dicha constitución, dando a la organización sindical agraria mayor número de representantes y corrigiendo otros graves defectos que, a nuestro juicio, tiene.

Por último, entiende la Ponencia que no es posible improvisar un plan quinquenal, como proponen los camaradas de Sevilla; pero estima que la Comisión ejecutiva que se nombre, puesta de acuerdo con la Unión General y la Federación de Trabajadores Agrícolas, puede realizar trabajos a este fin y presentar al próximo Congreso un proyecto.

La Ponencia estima con lo dicho haber cumplido su deber; esto no obstante, el Congreso, con su superior criterio, resolverá.

Madrid, local del Congreso, 10 de octubre de 1932. La Ponencia de cuestiones agrarias: *Lucio Martínez, Manuel Barrio, Ramón Beade, Pedro García, Juan Canales.*

UNION GENERAL DE TRABAJADORES

SALUDO A LOS CONGRESISTAS

ESTA REUNIDO EL CONGRESO DE LA UNION GENERAL DE TRABAJADORES EN ESTOS INSTANTES. LA CLASE TRABAJADORA ESPAÑOLA ACUDE A RESOLVER LOS PROBLEMAS PLANTEADOS, DANDOLES LA ORIENTACION DEBIDA, Y A ANALIZAR ESCRUPULOSAMENTE LA ACTUACION DE SUS DIRIGENTES. NOSOTROS, PARTE INTEGRANTE DEL ORGANISMO NACIONAL, SALUDAMOS A LOS COMPAÑEROS QUE EN REPRESENTACION DE UN NUCLEO DE TRABAJADORES ACUDEN AL CONGRESO. UNA CORDIAL SALUTACION, PORQUE NOS CREEMOS OBLIGADOS. UNA EXPRESION ENTUSIASTA DE NUESTRO SENTIR HACIA LOS QUE SIENTEN AL UNISONO EL PALPITAR DE LOS CORAZONES, EL ANSIA DE RE-

DENCION, LA VIRTUD DE SABERSE ELEVAR SOBRE LAS MINUSCULAS APRECIACIONES DE NUESTROS ADVERSARIOS.

SALUDAMOS A LOS CONGRESISTAS Y ESPERAMOS QUE DE SUS DELIBERACIONES SALGA ESTRUCTURADA ESA MASA TRABAJADORA DE FIBRA EMINENTEMENTE REVOLUCIONARIA, QUE SERA LA QUE EN PLAZO BREVE SEA EL CIMIENTO MAS SOLIDO DE UN REGIMEN SOCIALISTA.

¡SERENIDAD Y CONFIANZA! ESTE ES NUESTRO LEMA. LA FEDERACION DE TRABAJADORES DE LA TIERRA ENVIA UN CORDIAL SALUDO A LOS COMPAÑEROS QUE ACUDEN A ESTE IMPORTANTE COMICIO, DONDE SE TRAZARAN LOS CAMINOS POR DONDE SE ORIENTARA LA GRAN DEMOCRACIA OBRERA.

La guerra y la civilización

Sigue siendo gran preocupación del espíritu liberal y democrático el peligro de una nueva guerra. El capitalismo aristocrático, al ver mermados sus derechos y privilegios, quiere saciarse, rebelarse en el camino del progreso que presenta la nueva civilización de los pueblos.

¡No basta la sangre vertida a torrentes por las pasadas guerras! ¡No son bastantes los quince millones de hermanos destruidos en el campo de batalla, y la ruina económica de las naciones! El cañón homicida aspira de nuevo a llevarse su revancha en defensa de las fronteras.

España no puede permanecer al

margen de estos hechos que nos proporciona la Historia.

¿Hay quien crea que nuestra nación está fuera de una nueva catástrofe? Creo que no. Existen las causas, y mientras subsistan, la paz no es paz, es una tregua.

En tanto unos hombres hablan de paz y fraternidad, otro grupo, más egoísta y menos aprensivo, intenta volver a los atrasados tiempos, cuando ese fanatismo disfrazado de religión se dedicaba a bendecir a los ejércitos, invitándoles a matar a sus hermanos, so pretexto de ir a defender la patria.

El que tratemos en nuestro seminario estos temas tiene gran importancia, por ser nosotros, los trabajadores de la tierra, los más atrasados

en conocer estos manejos de la burguesía, que consisten en guerrillear para enriquecerse sin conciencia a costa de la sangre proletaria.

Porque tened presente, compañeros, que, vencido o victorioso nuestro país, la burguesía siempre gana, el proletariado siempre pierde.

Sólo quiero que mis palabras sirvan de alerta a todos, y en especial a los jóvenes trabajadores, por ser a nosotros a los que más nos interesa el porvenir.

No puedo, camaradas, dejar grabadas aquellas palabras que mi pensamiento quisiera descifrar, por ser también víctima, en lo que a conocimientos se refiere, de esa fanática burguesía que monopolizó la ciencia a beneficio de su clase. Gracias a los

esfuerzos colectivos, la ciencia ha penetrado en los hogares proletarios, arrebatándosela a la clase potentada.

¡Camaradas! Hay que combatir al enemigo en todos los órdenes; que la sangre vertida por nuestros hermanos sirva de escarmiento en el porvenir, no olvidando que la organización es el arma principal para la lucha, sin la cual nuestras aspiraciones serían nulas. A esos malvados que hablan de guerras hay que ponerles en contacto con aquellas madres que perdieron sus hijos en la línea de fuego entre el gran núcleo de hombres juveniles de eso que llaman ejército y que no es otra cosa que la barbarie organizada.

I. SANCHEZ

Ajalvir.

Ley de Laboreo y paro forzoso

Cada día es más aguda la crisis de trabajo por que atraviesa el pueblo campesino. Todas las medidas enmendadas a contrarrestar el paro han sido inútiles.

En esta época, en la recolección del maíz, se están dando casos trágicos, como el que presenciábamos en ha mucho.

Unos camaradas van a trabajar de noche. Les preguntamos la causa y nos responden con voz abatida y ese gesto peculiar de los que llevan varios días sin comer:

—Vamos de noche porque de día no nos dejarán.

—¿Por qué causa?

—Porque seremos tantos los que iremos—nos contestan—que no habrá trabajo para todos y nos despedirán. Por el contrario, como el trabajo es a destajo, a razón de ochenta céntimos por fanega, los que logramos pasar desapercibidos, durante la noche ganamos dos o tres pesetas antes que sea de día y se agolpen tantos que no podamos ganar nada.

Estas palabras nos demuestran hasta qué punto es desesperada la situación de los obreros del campo, que en muchos casos, como en el que da motivo a estas líneas, se ven obligados a buscar trabajo como si fueran saltadores de caminos, buscando las sombras de la noche, ocultándose a sus propios compañeros como si fueran sus más feroces enemigos.

Hay que reconocer que estamos en la temporada más mala que tiene el año para la agricultura, por haberse terminado las faenas de la recolección y no haber empezado las de siembra; pero, a pesar de esto, todos los años ha habido algo que hacer en este tiempo. Pero ahora es otra cosa. Ahora hay que boicotear a la clase trabajadora, negándole el trabajo, para conseguir tenerlos atados de pies y manos, sometidos, humillados al «señorito», y mientras, éste se ríe de él y pisotea las leyes de la República.

Logran su intento las más de las veces porque el obrero, hambriento, inconsciente del mal que se causa a sí mismo y del que hace a sus compañeros, se somete al cacique, no tiene más voluntad que la del cacique, y así los vemos asaltando bases de trabajo, atropellando los acuerdos de su organización y hasta retirándose de ella. ¡Inconscientes! No saben el daño moral y material que se causan con su desordenada conducta, ni que de este modo hacen el juego al capitalismo, que tiene por base el fraude y la envidia.

La única medida que podría evitar la crisis de trabajo en el campo y con ello el hambre y las inmundicias que le siguen, sería el laboreo forzoso, si esta ley no fuera completamente ineficaz, como es. No sirve, no puede servir de ninguna manera un decreto que es susceptible de ser burlado por la mayor facilidad por la camarilla patronal, y pudiéramos citar infinidad de casos en que, después de infinitas denuncias de la Comisión de Policía rural, después de ser visitados los terrenos mal cultivados (que son todos) por delegados del Gobierno, después de un mes de tramitación, ¡las faenas se han quedado por hacer!

Hace falta una completa reorganización de la citada ley de Laboreo forzoso hasta ponerla más a tono con la realidad política actual. Hay que hacer una ley en la que se establezca que las fincas que no sean cultivadas a gusto y costumbre de buen labrador serán expropiadas sin indemnización y, además, con pérdida por parte de su dueño de la cosecha en pie en el momento de la incautación, así como los demás útiles empleados en la labor; además, facultar a las Comisiones de Policía rural para que mientras se tramita la denuncia envíen obreros a esos terrenos mal cultivados, cobrándoles los sueldos al patrono, si no de grado por vía de apremio y en el plazo improrrogable de veinticuatro horas.

Con esto se conseguirían tres cosas fundamentales: dar trabajo a una infinidad de obreros que en la actualidad están en paro forzoso, ahorrar dinero en la implantación de la reforma agraria y castigar a los enemigos encubiertos de la República.

José ANGULO
de la Juventud Socialista
de Cuevas del Becerro.

ACTO CIVIL

El día 24 del pasado se ha celebrado en La Granjuela el enlace matrimonial de la señorita Magdalena Izquierdo Navarro, hermana de nuestro entrañable compañero Alberto, con el conocido joven Alicia Montero Gaete.

Actuó como madrina la señorita María Manuela Porriño Montero, y de testigos Pedro Porriño Montero y Francisco Vizuete Martínez.

El acompañamiento constituyó una grandiosa manifestación, recorriendo varias calles de la localidad.

Nuestra enhorabuena.

GRÁFICA SOCIALISTA: San Bernardo, 92.